

LA APASIONANTE HISTORIA
DE UN AMOR SIN MAÑANA

METRO-GOLDWYN-MAYER
presenta



ALAIN DELON

LA MUERTE NO DESERTA

LEA MASSARI
GEORGES GERET



UNA CO-PRODUCCIÓN FRANCO-ITALIANA
CIPRA (JACQUES BAR) - DELBEAU PRODUCTIONS - PARIS - P. C. M. - ROMA

Dirigida por ALAIN CAVALIER

Diálogos de JEAN CAU Productor ejecutivo GEORGES BEAUME

ESTABAN UNIDOS POR LO MISMO QUE LES SEPARABA

ARTE

riqueza turística, pobreza artística

CONFIESSO que me huele mal, que me sabe mal, el entusiasmo con que una gran parte de los españoles ha acogido nuestra aún reciente conversión en país turístico, quizá en potencia turística de primera categoría. Alguna vez ha salido a relucir esa repugnancia mía en cualquier escrito, pero de manera esporádica y lateral, como el paso de otra argumentación. Ahora habrá que justificarla. Claro está, no me molestan nada los millones —de dólares o de lo que sea— que al país le entran por ese conducto. Pero me gustaría más que el país se enriqueciera... sin empobrecerse. Es más, ni siquiera me molestan los turistas. Lo que me molesta es la adaptación de nuestro país a los turistas, la climatización turística del país, la conversión del país en una gigantesca escenografía apta para el deslumbramiento de los turistas y la conversión de los españoles en una inmensa legión de comparsas y servidores de los señores turistas. Eso... y otras cosas más.

Todos los días, uno abre el periódico y se encuentra con la pre-ocupación turística a flor de piel. Se ha descubierto una cueva más o menos paleolítica en no se sabe qué lugar. Junto a la noticia, como coetilla final, viene siempre la consabida especulación: Sería fácil —y sería de desear— la construcción de una carretera para la explotación turística de la zona, que además cuenta con muy hermosos panoramas, etcétera. En otro lugar se nos dirá que el alcalde de tal lugar perdido en Aragón o en La Rioja desea encontrar los fondos necesarios para la restauración de tal monumento y, acaso, para la erección de un parador turístico, dadas las innegables bellezas de la zona, etc., etc. Entendámonos: no me duele nada la construcción de carreteras y el adolecimiento de nuestros pueblos, pero a condición de que lo hagamos porque nosotros lo necesitamos así, porque ésa es verdaderamente nuestra riqueza. Si luego vienen unos señores de fuera y le gusta, mejor; si, además, se dejan allí unos suculentos «travels-cheques», mejor aun. Pero no lo hagamos todo pensando en ellos; no adaptemos tanto a ellos nuestro país que, un día, deje de ser nuestro para ser de ellos, matando de esa manera la gallina de los huevos de oro de nuestra «diferencia». Convirtamos, si, los castillos en paradores, porque ya los castillos no sirven como castillos y porque la mejor manera de conservarlos es adaptarlos a las necesidades de los españoles actuales. Dejemos que pasen los turistas, pero no adaptemos nuestra vida a sus vacaciones; no consintamos en convertirnos en espectáculo; organicemos nuestro país para la vida de los hombres, no para la vida de los turistas.

Todo ese clima que, de unos años a esta parte, se está cerrando sobre nuestro país me produce la impresión de que toda España y todos los españoles se estuviesen insensible y paulatinamente vendiendo a la organización de un gran espectáculo cuyo título sería, precisamente, «España»; como si estuviésemos elaborando una gran falsificación de España con la materia prima de la España auténtica, como si estuviésemos fabricando un tipo de español falsificado con la materia prima del español real.

Todas esas aprensiones acaso estaría yo dispuesto a considerarlas como una mera cuestión subjetiva si no tuviese, para corroborarlas, otros datos que exceden de la cuestión turística. La riqueza espiritual de España está en venta no sólo por eso. Un día nos enteraremos de que un pueblo entero, una villa más o menos «típica» de tal o cual provincia ha sido comprada en bloque por tal compañía turística-hotelería germana o americana, que ha sacado de allí a la pobreza de sus habitantes para llenarla de cuartos de baño y confort y, más tarde, de sucos y europeos. La imagen, a fuerza de típica es simbólica: se le extrae a nuestras cosas su realidad para quedarse con lo que verdaderamente interesa de lo nuestro: la apariencia. Pero el problema es aun más grave: se trata de despojo sistemático de toda nuestra herencia cultural. No me refiero sólo a nuestros grandes tesoros artísticos. De esos, como Gaya Nuño ha demostrado exhaustivamente, ya se han llevado todo lo que han podido y aun se siguen llevando mediante filtraciones más o menos veladas o fraudulentas. Se trata de todos nuestros pequeños bienes menores, de todo lo que constituía la ambientación de nuestra cultura de españoles. En ese sentido, el despojo es incalculable. Mesas, sillas, velones, armarios, alacenas, bancos... todo lo que es huella de nuestra manera de ser, todo lo que ha sido testigo de nuestra historia, sale diariamente, en cantidades verdaderamente fabulosas, con destino a los grandes mercados anticuarios internacionales. Es cierto, el gran arte está ya resguardado —o casi resguardado— por las leyes restrictivas. Pero el gran arte es problema de museos ya; lo otro es problema de vida. Un día nos vamos a dar cuenta de que nos hemos quedado sin nada, de que toda nuestra ambientación está falsificada, de que lo auténtico está en casas de Bélgica, de Inglaterra o de Nueva York. Puede que la gran riqueza artística de España esté en los museos, pero la prolongación de esa riqueza, lo que ya no es riqueza artística sino «vida», lo que, precisamente, desde su tono menor, justifica a lo otro, de tono mayor, eso está desapareciendo de la vida española.

A mí me parece que uno y otro fenómeno están estrechamente ligados. Es un fenómeno de renuncia, de dimisión. Yo no sé decir dónde está la solución. Se me figura que la solución no está en las leyes restrictivas. Pero mientras tanto, mientras se encuentra la manera de evitar de manera natural ese despojo, creo que la solución provisional sería una ley restrictiva.

JOSE M. MORENO GALVAN